ramo sentimental y material en que la desventurada se consumía. Si la escalera á la azotea—tan estrecha y vetusta que los obligó á treparla más juntos todavía, como en incorpóreo beso fundidos sus mutuos respiros,— si la escalera llega á tener un peldaño de más, allí desfallece Carolina, y allí Salvador se adueña de ella. Afortunadamente, salieron á la azotea, donde el aire fresco ahuyentó el peligro.

—¿Verdad que está esto muy alto?—murmuró Salvador buscando con la suya la boca de la muchacha trémula, que respiraba á plenos pulmones aquel ambiente puro, y que contemplaba fascinada el reguero de astros cintilantes en la diáfana atmósfera del cielo.

Carolina se dejó besar, en la boca; besó ella misma la de Salvador, como la había besado en la noche de su rendimiento, allá, junto á su padre impedido. Y fué un beso inmenso, apasionado, solemne, en el que las dos bocas que se besaban, dijéronse, sin palabras, amorosamente, los tristísimos calvarios de sus vidas...

Lo extraordinario consistió en que al concluir el beso, veíanse lágrimas en los ojos de Salvador y en los de Carolina; lágrimas que no trataron de disimular, que se advertían apenas, al resbalarles por el rostro.

Pronto reaccionó Salvador, y tomando á Carolina por la mano, le dijo en són de broma.

—¡Ven á que te haga los honores de tu palacio!

Luego de abrir la puerta, de par en par, encendió un cerillo que alzó por encima de su cabeza, y se detuvo, en el umbral.

—¡Tu dormitorio!—anunció al penetrar Carolina en la vivienda y seguirla él sin cerillo ya.—¡Espérate, que voy á encender, no avances!

Encendió el cabo de vela prisionero en la vulgar pal-

matoria de su mesa de noche, y Carolina oyó, no sin asombro, que el artista saludaba á voces:

—¡Hola, «Obispo»!... ¿Estás dormido, «Netzahualcóyotl»?...

A tiempo que del catre se levantaba, enarcando el lomo, el gato del pintor, rumor de alas salió del estudio.

—¡Mis compañeros—explicó Salvador entre bromas y veras,—los que más me han querido... después que tú!

Pasaron al estudio, que crecía en proporciones á la insegura flama de la vela. Parada Carolina á la mitad del estudio, examinaba éste y el dormitorio, y Salvador, festivamente, fué y colocó el candelero sobre la mesa-escritorio en que solía comer, del otro lado del biombo desplegado.

—¡El comedor!—continuó enumerando.—Quítate el sombrero y el abrigo, mientras yo pongo agua á estos individuos; á éste *(por el gato)* en su cazuela, y á este otro *(encaramándose en una silla)* en su jaula... ¿Qué opinas tú de la jaula nuestra?... ¿O no crees que sea jaula, por sus dimensiones, y por su altura, un nido?...

A par que despojábase de sus avíos de calle, Carolina sonreía, con lo que claramente manifestaba que la jaula, el nido, ó lo que fuera, no disgustábala, y que en acatamiento de su oferta, del perdón concedido, de la habitación posesionábase y á vivir en ella y con su dueño se resignaba de bonísimo grado.

Luego de haber puesto agua á sus animales, Salvador sentó á Carolina en el anciano sillón de talla, que maltrecho y todo, perduraba en el estudio; y no hallando para sí escabel ni asiento adecuado, sentóse á los pies de la muchacha, á quien, por efecto de la penumbra y de la resurrección de los recuerdos, como que le reaparecían los hechizos idos, como que las facciones bellísimas de ayer—

¡hoy ajadas y mustias!—volvían mágicamente al pristino estado en que luciéralas cuando virgen. Y acomodado ahí, en el regazo de la amada, púsose Salvador á mirarla, largamente, hasta que Carolina le recostó la cabeza en sus rodillas, y con delicada ternura púsose á acariciarle su cabello...

Hubo una gran pausa.

—Yo había soñado esto—empezó á decir Salvador entrecerrando los ojos,—yo había soñado esto, pero es la vez primera en que la vigilia me resulta superior al ensueño... Sí, yo había soñado que te encontraría, que tú me perdonabas, que, dolida de mí, conmigo te venías... y que así, como te hallas ahora, como me hallo yo, en tu regazo, los dos solos, los dos sin nadie que por nosotros mire... así, pobres, de vuelta de todos los desengaños, de vuelta de todos los sufrimientos, juntos al fin, ¡juntos para ya no separarnos nunca, suceda lo que suceda ¿verdad? tú me acariciarías así, como estás acariciándome, mucho, mucho, sin cansarnos ni tú ni yo!... y que tus caricias me significarían, por fuera y dentro, un misericordioso bálsamo, un electuario ideal que iría curándome, una á una, sin hipocresías ni ascos de tu parte, todas las heridas que tanto me duelen, las grandes y las pequeñas, las que se me ven y las que sólo yo me veo, las que con mis vicios y defectos me he causado y las que me ha causado la vida, en castigo á mi pecado de vivirla... ¡Sí, yo había soñado esto!... ¡Yo te he llamado, Carolina, te he llamado con el pensamiento, te he llamado á gritos!... ¡Cuántas noches, cuántas, pobrecita mía, en el silencio y desolación de esta vivienda en la que no podía dormir, llamándote tendí mis brazos, á lo obscuro, y tendidos quedáronse, suplicantes, temblorosos, pidiéndote que los perdonaras de haberte abrazado, pidiéndote que volvieras!...

La vela, del otro lado del biombo desplegado, crepitaba á punto de apagarse; sus chisporroteos cesaron y, por último, se extinguió sin ruido, cual si alguno hubiese soplado la flama agonizante. No lo advirtió Salvador á causa de sus ojos entrecerrados, y aunque Carolina sí lo advirtiera, no quiso interrumpir esas palabras que embelesada teníanla, y que también á ella, con sólo oirlas, le suavizaban sus heridas, sus padeceres, ese montón de años en que se creyó olvidada para siempre. La falta de luz, por lo pronto, sumió la estancia en tinieblas; después, la claridad astral, que por la vidriera de la pared entrábase, hizo que lentamente disminuyera la sombra, hasta permitir que los objetos se columbraran en delicioso claro-obscuro, inciertos, vagos, lo que prestaba á los objetos y á ellos mismos una idealidad positiva de soñación y de quimera.

—...primero—continuó Salvador,—te soy franco, juré que te olvidaría, y aun se me figura que lo logré, que lo lograba, mejor dicho, algunas horas, días completos en que llegué á suponerme libertado de tu recuerdo..., odiaba yo pensar en lo que sería de ti; encogíame de hombros frente á tu suerte; bebía, buscaba distracciones de las más reprobadas, ¡ya ves que nada te oculto!... Pero conforme corría el tiempo y mis dos hijas me abandonaron, una después de la otra, y el mundo y mi tierra y mis amigos me huían y despreciaban—en gran parte, por mi causa, ¡no lo niego!, pero en otra gran parte, por causa de ellos, ¡no me lo niegues tú!—¡ah!, entonces sí que triunfaste, que el recuerdo de tu cariño y el de mi infancia se enseñorearon de mí, y me ganó esta especie de furia por hallarte y traerte conmigo ¡vida mía de mi alma!...

Cambió Salvador de postura y quedó con la cara hacia arriba, pero siempre recostado en el regazo de Carolina, á la que ahora, con los ojos abiertos y fijos, miraba inten-

samente por lo que se le esfumaba en la penumbra aquella. Cesó Carolina de acariciarle el cabello, y Salvador se apoderó de sus manos ociosas, recorriéndoselas íntegras con las suyas, cual si las modelara; luego, se las llevaba á los labios, despaciosa y apasionadamente, y en sus labios teníaselas mucho tiempo, apenas besándolas, guardándolas más bien junto á su boca, por el mero placer de sentirlas tan cerca de los besos que les rehusaba adrede...

—...aunque sé lo buena que eres, yo no creí que me perdonaras con esta nobleza, sin condiciones ni castigos; y por eso, desde que aquí te guardo, á mi lado, en este cuarto del que te llamaba en vano, sigue figurándoseme que no es cierto que esté teniéndote en mis brazos, y que tú no vienes, que no vendrás... Ya ves lo que te ofrezco: ¡nada!, comenzando por mí, que nada soy si se me priva de lo que llevo dentro del cerebro y que en alguna ocasión bajó hasta mis pinceles... ¡Quién sabe si no volverá á bajar!... Ahora confío, ¡mi palabra que confío!... Si volviste tú ¿por qué no ha de volverme mi talento?... ¡Háblame, dame fuerzas, anímame!... ¿Por qué callas?...

Callaba Carolina por no revivir, á su vez, lo pasado y lo sufrido. Si ya se le había hecho el milagro; si su burlador arrepentíase y le brindaba con la única reparación que por igual satisfacía sus anhelos de mujer que ama todavía y sus ansias de justicia, ¿á qué ponerse á recorrer mentalmente la *via crucis* que tanto la había lastimado cuando andúvola con sus plantas vacilantes de burlada y de huérfana? ¡Al contrario!, que se le escondiera lo más hondo posible; que nadie lo supiese, y Salvador menos que nadie, ya que, causante y todo, enmendaba lo perpetrado, y premiado conceptuábase con que ella volviese á él y con él compartiera miseria y vida... Pero Salvador empeñóse en saberlo:

—... para recompensarte con lo que únicamente puedo recompensarte, con mis propósitos de labrar tu dicha, aun á trueque de la mía, un poquito hoy, otro poco mañana, y con mis caricias de ahora y de siempre que no te escatimaré, porque tengo hambre de borrarte con mis besos hasta la memoria de lo que por mí sufriste; hambre de besar tu cuerpo de mujer, valerosa y fuerte; tu cuerpo que me enloqueció, todo entero, de tus cabellos á tus pies que han pisado sin mancharse ¡Dios te bendiga!, las impurezas y las maldades... Cuéntame, Carolina, cuéntame...

Carolina prefirió ceder, porque temía que con la insistencia de Salvador en su exaltación creciente, sobreviniese nuevo minuto de desfallecimiento parecido al de la escalera.

Ya Salvador, enderezándose, habíase sentado en un brazo del caduco sillón abacial, y pasádole á Carolina, por el cuello, un brazo de él, nervioso é inquieto, que á la muchacha inspiraba miedo grandísimo. Ya no se conformaba el artista con cogerla de las manos ni con que le acariciaran el cabello, no; quizá sin percatarse, provocaba una proximidad peligrosa que á sí mismo disfrazábase:

—Es que no te veo bien—le decía,—por eso me acerco...

Pero Carolina sabía que aquello era el pretexto; su propio temperamento, tan domeñado mientras tuvo que defenderse de asechanzas masculinas—multiplicadas al saberla huérfana y con la boda deshecha,—sentíalo invadido de inexplicable malestar que la alarmaba, precisamente porque su cuerpo se le iba á Salvador, ¡á los tantos años!, cual á su legítimo dueño, y su voluntad, disciplinada en su prolongado vivir á solas, pugnaba por no dejarlo ir... ¡No, no, ni por pienso! ¡qué vergüenza sería!... Reconociéndose con débiles resistencias; circundada de

enemigos: la noche, que á saber en qué horas andaría y que al descanso invitaba; el frío, que vapuleaba desde afuera y obligaba á apetecer cariñoso y tibio arrimo; el silencio de la estancia y de la casa, el de la calle, encubridores y malos consejeros; el hecho del encuentro en sí mismo; las miajas de amor que mutuamente descubríanse y amasaban, y más que nada, el terco recuerdo que los dos releían para sus adentros aunque no hiciesen á él la menor alusión, de que ya habían sido el uno del otro, de que ya habían gustado juntos del prohibido fruto paradisíaco que nada ni nadie les estorbaba volver á gustar hasta saciarse—si es que sacia nunca,—Carolina optó por la narración de sus desventuras, de su orfandad, de sus trabajos á soldada en los que debía de mirar á una porción de circunstancias: buen desempeño desde luego, á fin de no ser despedida por inútil, y continua defensa de sí misma, ni tan blanda que autorizara desmanes, ni tan rígida que acarrease envidias y malas voluntades.

—Porque los hombres—le explicaba á Salvador cual si él no lo fuese ni nada tuviera que reprocharse—no pueden vivir tranquilos ni trabajar bajo el propio techo con una mujer. ¡Es curioso! Primero, se matarían por una mujer, la colocarían en un sagrario, ¡qué sé yo lo que no harían!... Y en cuanto una cede y los oye ó los quiere, en el acto se convierten en tiranos, exigentes y crueles... ¡luego, en enemigos!

Por única respuesta, Salvador, ahogado de remordimientos, sólo atinaba á besar y besar la cabeza de la muchacha.

Cuando riesgos, enemistades y asechanzas llegaron á su máximo, fué cuando Carolina más hubo menester de simpatía y arrimo, al esparcirse la nueva melancólica de que su padre era muerto...

Aquí, las tristes reminiscencias pudieron más que sus propósitos de energía, y por unos instantes rompió á sollozar, quedamente, en tanto desfilaban por su memoria en doliente procesión hacia los labios que les daban suelta, los sucedidos aquellos:

—¡Ay, Salvador, si lo hubieras visto!...—pudo al fin articular,—¡si lo hubieras oído!... Al día siguiente de la noche *esa*..., al llegar la hora de tu visita sin que llegaras tú, notando mi amargura me preguntó lacónico: «¿enojo tenemos, eh?»... Sin saber qué responderle y abusando, ¡el Señor me lo perdone!, de la confianza ciega que en mí tenía, lo engañé, Salvador, lo engañé y engañado túvelo hasta su muerte... Te enfermé, á los comienzos, de pasajera dolencia; luego, agravé tu mal, y, por remate, te saqué de México á convalecer lejos, en tu pueblo, con tus hijas... Y quien se me agravaba y se moría era él, ¡pobrecito!, sólo murmurando cuando de ti hablábamos á cada paso: «¡es extraño, es extraño que tarde tanto en sanar!»... Y escudriñaba en mis ojos, ¡que ya ni lágrimas tenían!, la explicación á aquel enigma que lo alarmaba...

Ya Salvador no besaba los cabellos de Carolina; limitábase á guardar una de sus manos entre las dos de él, estrechamente.

—¡Se empeoró en un momento!... Una noche, desnudándolo yo al igual que siempre, me besó y me dijo: «Creo que mañana ya no me levantaré; siento mi cuerpo como si de plomo me lo hubieran rellenado, y es que yo lo tengo relleno de años, y los años, cuando son muchos, de plomo se vuelven...» ¡Y no se levantó más, y fué acabándose, acabándose en sus cabales!... Día á día me preguntaba por tí: «¿qué noticias hay de lo perdido?», decíame en son de broma... Y yo seguía engañándolo, contestábale que ibas mejor, en vísperas del regreso...

Con muchedumbre de pormenores tristes, puntualizó Carolina el fallecimiento de don Florentino; una muerte ejemplar, de varón al que los padeceres y el dolor tornan en justo; una despedida impresionante y solemne, con bendiciones sobre la hija arrodillada á los bordes del catre humilde, con halagüeñas profecías respecto á su suerte, con deseos santos de que fuera dichosa, de que alcanzara en este mundo implacable y sin entrañas el premio que por sus virtudes y comportamiento merecía...

—«Yo era tu carga y me voy, bendiciéndote con toda mi alma—le susurraba, ya con visible esfuerzo postrimero,— pero te queda Salvador, que te ama y que te hará feliz... ¡Me lo ha prometido!...»

Y lo mismo que cuando don Florentino al murmurar tales palabras, había llorado Carolina de hinojos junto al catre, hincada la frente en las almohadas que el anciano estrujaba en sus manos temblorosas de agonizante, creyendo que acariciaba la idolatrada cabeza de la hija que suponía virgen y casta; lo mismo que entonces lloró por la ida del padre y porque ella sí sabía que no era casta ni virgen, y que Salvador quizá no tornaría nunca, así lloraba hoy, al ir contando el desfallecimiento...

Salvador, que no podía de pena, fué el que ahora se arrodilló ante ella; fué el que, llorando también, realizaba la profecía del pobre viejo:

—¡Mira cómo tu padre no te engañaba, míralo!... Aquí estoy, ¿me ves?, ¡pidiéndote perdón, pidiéndote que me quieras como entonces me quisiste!...

Y acabó de echarse á sus pies, que le besó mil veces en prenda de vasallaje y desagravio.

—¡Alzate, Salvador, álzate!—rogábale Carolina ocultando sus pies bajo el sitial antiguo y descuidando de enjugar su llanto.

¡Y Salvador se alzó! Salvador alzóse delirante, hambriento de ella, precisamente porque habían evocado juntos á la Muerte, despertadora del Amor.

No quería saber más, todo lo demás que la muchacha, presintiendo el peligro, empeñábase en seguir narrándole, á par que lo rechazaba y se defendía. No quería saber de la caridad con que tratáronla los cubanos, sus vecinos; de la ingratitud con que la despidieron de la fotografía, por su falta de asistencia; de lo sufrido después, sola y sin trabajo, hasta que le cupo en suerte el que hoy por hoy dábale de comer... Salvador queríala á ella, á ella únicamente.

—¡Ya no me cuentes más, ya no, te lo suplico!... Todo me lo figuro, todo lo adivino, todo lo sé: que tú y yo somos dos vencidos; que hemos sufrido mucho; que es piedad que ya no suframos separados, ¡todo lo sé!... Por eso no hables, no me cuentes más, ¿para qué? ¿para que ahora suframos con el pensamiento lo que sufrimos ya con nuestros espíritus y nuestros cuerpos?... Tenía que ser; algún día teníamos que hallarnos, que perdonarme tú y que adorarte yo como te adoro, entrañablemente, con amor y con gratitud, ¡por siempre!... Tenía que ser, sí, tenía que venir esta hora bendita de olvido y premio... ¡Ven tú, anda!... ¡Ven!... *(Estrechándola entre sus brazos poderosos; besándola por sobre la ropa, en el cuerpo y en el rostro, en los labios de vez en cuando, porque Carolina esquivábaselos.)*

—¡No, Salvador, no, déjame...—podía únicamente articular Carolina de tiempo en tiempo,—¡déjame!...

Salvador no la oía; desatentado, mientras más treguas procuraba la muchacha, más enardecíase. Poco á poco fueron señoreándosele los adormecidos sensualismos, su temperamento de amoroso, su robusteza campesina, y, muy

principalmente, su imperio de masculino, su prepotencia de macho que en determinados instantes no consiente que la hembra le resista ó le huya, dejándolo insaciado. Luego, que aquella carne dura y mórbida aún, que magullaba y acariciaba á un tiempo mismo, era de él, habíala gustado ya, probado, mejor dicho, y ansiaba probarla más, más, saborearla á sus anchas, en su retiro pobre de artista derrumbado. Por lo que su insistencia transmutábase en lucha de fuerza; lucha de la que sabía que saldría victorioso, y con la cual, la victoria incontrastable adquiría un más dulce sabor. Ya no rogaba ni pedía perdón, exigía, mandaba con la palabra enronquecida, con el rabioso tacto rápido, ora aquí, ora allí, en sus tentativas de acariciar de una sola vez todos los sitios y el cuerpo todo en que sus besos quemantes estrellábanse, en que sus manos inquietas apenas se posaban y oprimían. A lo sumo, empleaba eufemismos imperativos, breves:

—¡Sí vas á querer!.,. ¡sí vas á querer!... ¿verdad que sí quieres?...

Con sobrehumano esfuerzo, aprovechando una distracción momentánea, logró Carolina desasirse de esos brazos que, cual cerco de hierro, la sujetaban; de ese reclamo amante que la atraía adonde tenía resuelto no volver. Y aunque á la infeliz también le galopaban por las venas la tentación, la sangre y el deseo, púsose en cobro al otro extremo del taller, cogióse del biombo y se recargó en la mesa.

—¡No, Salvador, no quiero!—declaró jadeante.

Al escuchar palabras tales y darse cuenta de la entonación resuelta con que eran pronunciadas, Salvador, que se encaminaba en pos de Carolina. se quedó parado á la mitad de la estancia; su ardimiento, extinguido de súbito, en un principio, dudando, repitiéndolas después, como un eco:

—¿Que no quieres? ¿Y por qué?...

—¡Porque bien sabes que no debe ser, Salvador!

En lugar de ir á ella, de alcanzarla, Salvador retrocedió unos cuantos pasos hasta dejarse caer en el sillón recién abandonado, que conservaba todavía en su piel envejecida y suave, el calor y el modelado de Carolina. Y allí, cual si la penumbra del estudio no le bastara, se apretó los ojos:

—¡Es porque no me quieres!—exclamó al cabo.

Calló Carolina, y su mutismo fué causa á que Salvador reaccionara. Levantóse del sitial y enderezó sus pasos á la chica, más serena ya, más decidida á no ceder, tanto, que al aproximársele el artista, extendió ella sus brazos hasta apoyárselos en los hombros, manteniéndole á distancia.

—Recuerda tus promesas—le dijo con dulzura,—¿no me prometiste el matrimonio?...

—¿Y eso qué tiene que ver?—le repuso Salvador, sin acortar las distancias, desarmado frente á la fortaleza de la muchacha.

—Tú dormirás donde siempre—habló Carolina dando un sesgo á la cosa,—y yo, para lo que ha de restar de noche, aquí me las arreglaré, en este rincón, en el que me parece hay un diván, ¿ó no es diván eso que se ve?...

—Pero, ¿de veras no quieres?

—Y mañana—continuó ella fingiendo no oir—traeremos mis muebles y arreglaremos esto para quedarme contigo, siempre contigo... por el día, y hasta que no nos casemos, ¿estás conforme?... ¡Hazlo por mí, por lo que dices que me quieres! ¡Es tan pequeño el sacrificio y tan grande la satisfacción!... Hasta me imagino *(bajando su voz)* que mi falta disminuye, que se borra y que mi padre ha de sonreirnos á ti y á mí... ¿Te negarás?...

Volvió Salvador á sentarse, porque la vecindad de Caro-

lina le ofuscaba. Luego, sacó un cigarro que encendió de prisa, para no ver á las claras con la débil flama del cerillo que se apresuró á apagar, los encantos que en su acaloramiento abultaba. Con mayor calma, accionando con el cigarro encendido, trató de destruir los argumentos que se le oponían y á los que denominaba sentimentalismos. El fin del amor, y aun el del propio matrimonio, es un fin netamente carnal... ¿Por qué retardar el acercamiento, si ellos, ellos sobre todo, teníanselo ganado de sobra, y la circunstancia de su casual encuentro, vencidos los dos, los dos cansados de su caminata sin ventura y sin cariños, los dos libres, ¡absolutamente libres!, como que los arrojaba á uno en los brazos del otro, apiadada de lo que habían pasado y de lo que todavía pasarían?... ¡Si ofendieran á alguien con quererse, si algún daño causaran, enhorabuena que Carolina se rehusara; pero rehusarse porque la ceremonia material del enlace no estaba efectuada, era mucho cuento!

—¿No sabes que ahora mismo podríamos enfermar, que podríamos morir?... ¿No sabes que no es cuerdo confiar en la duración de la vida, porque á lo mejor, cuando más de ella habemos menester, nos deja plantados á una pulgada de la dicha... ó de lo que nosotros por dicha diputamos? ¿No lo sabes?

Carolina, simulando hallarse muy atareada con el arreglo de su cama, respondíale desde el rincón. Sí lo sabía, sí, sabía todo eso y un poquito más; pero á pesar de ello, contaba con la palabra de él, con su oferta de casarse...

—¿Para qué viniste entonces?—le preguntó Salvador iracundo, pues de nueva cuenta invadíalo la onda formidable de deseo. ¿Acaso ignorabas que en esto habíamos de parar? ¿que tu presencia y nuestra soledad me empu-

jarían á ti? ¿que hasta ridícula resulta la abstinencia que propones?... ¡Vaya, vuelve en ti, Carolina, y no seas cruel conmigo!

—¡Ya me lo reprochas, Salvador, y no llevamos sino unas cuantas horas de estar juntos!... Puede que tengas razón, que no te expliques cómo te me niego ahora y no entonces, cuando debí negarme... ¿Verdad que lo piensas, y que si no me lo dices es por no humillarme?

Triunfó el femenil ardid, esa mansedumbre de Carolina dió en el blanco y Salvador protestó, volvió á la carga. ¿Cómo había de humillarla?

—¡Nunca habré de humillarte, te juro que no, y menos por lo que supones!...

Nada reprochábale, ¡al contrario!; lo que hacía era rogarle, rogarle rendidamente que fuese suya sin esperas ni condiciones, que á parte ninguna conducían. Si aún alegara lo que la gente diría al saberlo, esa gente que se mezcla en todo y todo lo escudriña para censurarnos, menos mal...

—Aunque, hija mía, convendrás en que, no digo ya los maleantes, esa masa de extraños que se goza en comer á su prójimo, hasta mis pocos amigos, el mismísimo Covarrubias que es caballero y es honrado si los hay, nadie creerá en que tú y yo, viviendo juntos, pasábamos las noches entregados á un sueño de hermanos ó á la plegaria y penitencia... Y tu reputación, tu reputación que á partir de hoy me pertenece, padecerá, por lo pronto, igual que si hubiéramos pecado... Te doy gusto llamando pecado á *eso*, que no lo es, ¡créeme á mí!... Y anda á convencerlos de que nada ha ocurrido entre nosotros, que nos hemos limitado, ¡yo á rogarte y tú á resistirte! Sobre no creernos, se nos reirán, Carolina, se nos reirán en nuestras propias barbas...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Que se rían! ¡Allá se las haya!...

—Mientras que si accedes—continuó Salvador, levantándose otra vez y yendo á ella aguijoneado por el deseo que no le consentía punto de reposo, é intermitentemente lo inflamaba,—si accedes, no desperdiciaremos más noches ni más minutos, sino que desde luego nos perteneceremos... Y deja que hablen, que murmuren; nosotros nos reiremos de los murmuradores, quizá no los oigamos, quizá nuestros besos, ¡los que me debes de tanto año!, nos impidan oir sus murmuraciones... ¡Bah! además de que yo me creo por cima de todas las leyes, ¿qué podrían decir? ¿que gozamos?... ¡mejor para nosotros!... Mira, somos tan pobres, que sólo podemos obsequiarnos con nuestras caricias mutuas, y es tontería escatimárnoslas... ¡No, Carolina, no me rechaces!... ¡Ven!... ¡Ha de ser ahora mismo!...

Resistió Carolina la embestida, mucho más enérgica esta vez. En la sombra de la estancia fueron ambos á parar contra el muro, forcejeando él por vencerla y ella por no ser vencida.

—¡Oyeme, Salvador, óyeme!...

No la oía Salvador, ó no quería oirla; á lo sumo si mascullaba, sin cejar, entrecortados desengaños y amarguras:

—Después de que todo en el mundo se me niega, ¿también tú?... ¡No, lo que es tú, no!... ¡Eres lo único que me quedaba!...

—¡Salvador, óyeme!—trabajosamente fué tartamudeando Carolina, que á cada instante perdía más terreno. ¿Dices que nada te importan los murmuradores, los que cuando sepan que contigo paso las noches despedazarán mi pobre reputación?...

—¡Sí, sí, eso digo y lo repito!—gritó Salvador á tiempo que lograba doblegarla sobre el diván.

—¡A mí me importan menos!—declaró Carolina, supo-

niéndose ya perdida sin remedio; que también su cuerpo ¡de hueso y carne al fin! comenzaba á flaquearle y á traicionarla.—Pero por encima de todos los murmuradores, hay alguno que sí me importa, alguno que no me perdonará esta nueva debilidad...

—¿Quién? ¿tu padre? Los muertos duermen y se tornan polvo...

—¡Más que mi padre!...

Cegado Salvador por la inminencia de su victoria, mal preguntó con su boca hundida en el seno palpitante de la muchacha:

—¿Más?... ¿Quién?...

—¡¡Dios!!

Con tal fe pronunció Carolina el divino nombre, en los instantes en que ya se abandonaba á lo irremediable, que Salvador, no obstante sus descreimientos, experimentó extraña sacudida, por adentro, que lo inmovilizó. Despegóse de Carolina, muy poco, lo indispensable para tratar únicamente de verle la cara, en la que supuso habríase operado algún prodigio... Y no, ninguno advirtió; la cara de Carolina, extenuada y sin asomos de resistencia, sólo parecía iluminada...

El breve silencio, se interrumpió con repentina catarata de gorgeos que los obligó á los dos á volver la mirada hacia la jaula de «Netzahualcóyotl».

—¿Por qué cantaría?...

Por lo que siempre cantaba á aquellas horas, porque veía la luz.

Salvador se inclinó á la muchacha, mirándola hondamente, y casi en voz baja, estrechándole entrambas manos:

—¡Que descanses!—le dijo, victorioso de improviso sobre su propia carne.

Carolina, radiante, lo atrajo á sí, lo besó en la frente